

The book cover features a four-pane window with a dark wooden frame. The top two panes show a close-up of a tree's branches with vibrant, flame-like red and orange foliage against a pale, hazy sky. The bottom two panes show a large, gnarled tree trunk with a small wooden bench or table tucked under its overhang. In the bottom right corner, a black crow is perched on a ledge, looking out towards the window. The overall style is painterly and atmospheric.

LAS LLAMAS DE LA SECUOYA

JOSÉ LUIS VÉLAZ

LAS LLAMAS DE LA SECUOYA

LAS LLAMAS DE LA SECUOYA

JOSÉ LUIS VÉLAZ

Primera edición: septiembre 2021

© Las llamas de la secuoya

© Jose Luis Vélaz Negueruela

Imagen de portada:

best-wallpapers.net

Dibujos de portada y contraportada:

Yaisa Vélaz

Edita: Ulzama ediciones.

Maquetación e impresión: Ulzama Digital.

ISBN eBook: 978-84-124219-2-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

*Fue una suposición tan nítida, tan convincente,
que la identificó como un presagio.*

Gabriel García Márquez, Cien años de soledad

Preludio

I

Cuando el mundo todavía era mundo y aún se podía vivir en él, los árboles crecían hacia el sol, los riachuelos conducían aguas cristalinas y verdes praderas se perfilaban en los acantilados que asomaban a las grandes extensiones de la mar en una exuberante explosión de vida y naturaleza; hasta que el comportamiento, en una abyecta ceguera, de la especie humana acabara por destruirlo. Sin pesares, sin remordimiento. Lenta y estúpidamente.

No solo, desde su misma génesis, el ser humano había puesto su empeño en liquidar a sus propios congéneres, a aquellos que sentía diferentes o que simplemente le molestaban, evanescían su soberbia o vetaban sus intereses sino, además, a la misma naturaleza que le permitía vivir a la que en lugar de proteger y cuidar la utilizaba de forma irresponsable, cercenando sus recursos de manera contraria a las más elementales reglas naturales por la inmediatez de un provecho vacío e inmediato en contra de su propia esencia. Ni la religión ni el ordenamiento cívico jurídico con que se habían dotado las distintas civilizaciones habían hecho posible detener la llegada de un anunciado caos.

Y el caos, así por fin, no tardó en llegar.

Tras la Tercera Guerra Mundial, que había irrumpido de manera muy similar a las anteriores, y en especial a la Primera, aunque con diferentes protagonistas iniciales, y antes de que llegara un armisticio, la gente llana, harta y desesperada, se había rebelado de manera muy violenta contra toda forma de poder y de liderazgo militar y religioso, pero también de forma seguida, sin solución de continuidad, contra todo tipo de dirigentes políticos primero y sindicales después, a quienes achacaban la culpa de todos los males de la humanidad por su incapacidad para resolver, sus ansias de poder en aras de acrecentar su propia vanidad y altanería y por sus reiteradas y falsas promesas incumplidas. Hordas de individuos anónimos indisciplinados que armados de fusiles y bayonetas surgían de los propios ejércitos matando a sus jefes y oficiales, se adueñaron de las calles

sobrepasando a policías y a otros supuestos encargados del orden establecido, quienes acababan muriendo o uniéndose a las hordas salvajes, hasta que secuestraban y luego, sin tan siquiera seguir el ritual que a veces un juicio, aunque fuere sumarísimo, parecía justificar, daban muerte a los dirigentes, empezando por reyes, emperadores, presidentes y jefes de gobierno y siguiendo en orden descendente hasta quienesquiera que osaran mantener cualquier forma de jerarquía o se arrogaran algún tipo de representatividad.

La anarquía se había extendido por todos los países de la Tierra impetuosamente, y como si de un virus sin remedio se tratara, se había expandido de manera casi simultánea pues al poco ya no quedaba un solo lugar donde se mantuvieran organizaciones, de cualquier clase que fueran, como hasta entonces se habían conocido. Las fronteras quedaron rotas, abiertas y despejadas mientras turbas alocadas linchaban y cometían todo tipo de tropelías contra cualquier manifestación de poder fuera o no uniformado. Era como si al ser humano, de pronto, se le hubiera olvidado llorar.

Todo había comenzado en Gran Bretaña donde un primer conato de insurrección espontánea en el seno de su Ejército, sin apenas eco mediático, se extendió de manera fulminante cuando iban a ser procesados los causantes convirtiéndose en un estallido de ira irreflexivo y tenaz, que acabó con la vida de su primer ministro tras un inmenso reguero de sangre. Como un acto reflejo, un brote de similares características estalló en el continente europeo y luego en Estados Unidos, Rusia, China, en el resto de Europa, de Asia y América, en África y en Oceanía; en fin, tanto en Oriente como en Occidente, en el hemisferio norte como en el sur, no quedando pues, lugar en el mundo que se librara de la citada explosión.

La falta de esperanza en el futuro en medio de un planeta acabado cuyos recursos agotados resultaban insuficientes, desertizado, sin apenas agua aprovechable pues no llovía —y cuando lo hacía era de tal manera que solo provocaba daños irreparables—; fenómenos meteorológicos devastadores, naturaleza muerta, ciudades enterradas bajo desechos y detritus, islas de plásticos en medio del océano que habían acabado con casi toda la vida

marina, aniquiladoras pandemias y guerras interminables sin conocerse muy bien a quiénes favorecían, habían hecho mucho tiempo antes que la raza humana desistiera de tener descendencia.

Por otro lado, la longevidad de las gentes que lograban salir indemnes de las citadas plagas y calamidades, había convertido en jóvenes a las personas con la edad que en otros tiempos eran consideradas ancianas, lo que unido a la escasa labor reproductora de la especie humana había hecho ascender la edad media de una forma alarmante. Hacía mucho tiempo que las personas pasivas habían superado a las activas y los sistemas públicos de pensiones no tardaron en quebrar. Los políticos, a pesar de las advertencias, reaccionaron tarde y mal, con una visión cortoplacista, diseñando sistemas impositivos para financiar las pensiones, lo que a su vez causaba grandes desequilibrios en el mercado, hasta que devino el crac.

En esta situación se estaba cuando, como de forma mimética en todos los lugares de la Tierra, explotó la ira de los pueblos y los soldados, alentados por ingentes masas alteradas de ciudadanos hastiados, quebraron su disciplina pasando por las armas a sus superiores para luego atacar contra cualquier símbolo que representara el orden establecido. Gobernantes y políticos de cualquier ideología eran linchados y ejecutados, mas también, poco después, las hordas se encaminaban a los palacios de justicia donde vigilantes y funcionarios se sumaban a las masas alteradas prendiendo fuego a los edificios y dando muerte a fiscales, jueces, magistrados y a cualquiera que se les interpusiera; y al observar a periodistas haciendo su trabajo, retransmitiendo la algarada, gritaban: «¡A la prensa!», y fue entonces cuando raudas las tropelías se dirigieron a las principales sedes de los medios de comunicación, pero estos se consumían ya entre las llamas causadas por sus propios empleados. Al mismo tiempo las puertas de las cárceles, todas hacinadas, se abrían y los presos salían alborozados mientras en medio de la euforia entonaban gritos de libertad.

El mundo se había vuelto loco.

La profecía de Aviamotola se había cumplido.

II

Sin dirigentes y sin orden pronto comenzaría la barbarie. En un principio los bancos y otros establecimientos fueron saqueados, la propiedad privada asaltada y los automóviles y otros bienes robados. En medio de la vorágine y la marabunta se multiplicaban las agresiones sexuales que de todo tipo se producían por doquier, sin tapujos, sin ocultarse, sin vergüenza, allí mismo, fuera sobre el capó de vehículos calcinados o sobre el putrefacto suelo de las ciudades corrompidas y ante ojos de transeúntes que ya no se horrorizaban y a los que todo les daba igual; como ocurría cuando veían imágenes, que también se producían a plena luz del día, de humanos yaciendo sobre el asfalto urbano satisfaciendo sus instintos carnales animales. La imagen de hombres y mujeres convertidos en crueles fieras en medio de edificios en ruinas y desolación se había ya propagado por todo el planeta. Así que al poco tiempo las armas se convirtieron en el mejor medio de defensa —y contra más sofisticadas mejor—, de modo que por las peligrosas calles de las ciudades arrasadas las gentes iban pertrechadas hasta los dientes, mostrando al filo de sus caderas brillantes armas de fuego colgadas del rancio cuero del cinto de sus cartucheras.

Por todo ello enseguida comenzaron a surgir personas especializadas en el uso de las modernas pistolas que con rapidez y maestría lucían —en medio de las urbes, entre apuestas desaforadas y ante duelos surgidos por retos suscitados por mínimas provocaciones—, sus artes para matar. Los mejores pistoleros en poco tiempo se hicieron muy cotizados, no obstante era tal la rapidez con la que crecían en su fama y valoración como el corto tiempo que les duraba, pues cuando llegaban a la cima siempre aparecía el rival que los superaba en esos duelos a muerte. Sin embargo, mientras tanto, los mejores y más rápidos eran contratados por personas que podían pagar sus servicios. Así, los más potentados, se cubrieron con un gran número de pistoleros y guardaespaldas para custodiar su seguridad.

Pero pronto muchos individuos, como en todas las épocas y circunstancias, comenzaron a aprovecharse de las debilidades del sistema, en

este caso antisistema, para lograr sus intereses, sin miramientos de ninguna clase, por lo que no tardaron en aparecer peligrosas bandas mafiosas y criminales, en las que las mentes más perversas reunían a su alrededor a despiadados matones capaces de desenfundar sus revólveres a gran velocidad. Las rivalidades entre las bandas no tardaron en llegar y en autoliquidarse con continuos ajustes de cuentas; sin embargo, las que prevalecían cada vez se hacían más grandes y poderosas e imponían sus normas. Normas, al fin y al cabo, como aquellas contra las que poco antes el ser humano se había rebelado, solo que aún más injustas y arbitrarias.

III

El paso de los milenios había significado un imparable y enorme desarrollo tanto en lo científico como en lo tecnológico al contrario de lo sucedido en el campo de la moral, en el que apenas nada había cambiado desde la misma prehistoria.

Ante tanta exasperación y a las puertas de su inminente extinción, el *homo sapiens* parecía estar a punto de lograr que al final de su evolución biológica fuera sucedido por otro *ser* creado por él mismo, como si de una transformación, ahora digital, se tratara, capaz de adaptarse a los nuevos tiempos que habrían de llegar.

Quizá sin que en verdad fuera absolutamente consciente de sus futuras consecuencias, había creado la inteligencia artificial. Lenta pero sin pausa, al cabo de muchas generaciones, de simples programas surgidos por la necesidad de ayuda se habían creado máquinas con verdaderas redes neuronales artificiales que habían llegado a su cénit cuando estas fueron capaces de aprender y evolucionar por sí solas.

Las máquinas inteligentes habían comenzado a servir a los humanos en todo tipo de tareas: desde las científicas a las de entretenimiento, pasando por las domésticas y de desarrollo de tareas profesionales. Con el tiempo, el ser humano quiso que también, en su aspecto físico, se parecieran a él. Incluso que les reconfortara en su soledad, aquella a la que las redes sociales, ya extinguidas, no habían hecho sino reforzarla. Y comenzaron a comprarse humanoides con texturas y formas semejantes a las del ser humano, con el carácter que los individuos solicitaban para que satisficieran sus íntimas necesidades o curaran sus carencias afectivas. Y comenzaron así a generarse parejas mixtas formadas por humanos y humanoides.

El ser humano en su azorada progresión, aunque se había destruido a sí mismo y se encontraba al borde de su extinción, había logrado crear, sin embargo, unos *seres* que revestidos, a su mejor imagen y semejanza externa, no eran sino máquinas programadas cada vez más capacitadas para cualquier actividad. Estos robots humanoides se habían ido perfeccionando

hasta el punto de llegar al hito más crucial: eran capaces por sí mismos de aprender, mejorar y reprogramarse para cualquier objetivo; esto es, ya no necesitaban al ingeniero humano para programarlos. Pero lo más fundamental llegó cuando ya no solo fueron poseedores de inteligencia, sino también de consciencia.

A diferencia de la especie humana su *cerebro* no solo era más rápido y ágil, sino que su fortaleza, en todos los aspectos, era superior y en especial, al no ser una especie animal, no tenían las necesidades de estos: respirar, comer, beber, dormir, ni estaban expuestos a las múltiples enfermedades humanas, ni a su envejecimiento y muerte. Eran capaces no solo de actualizarse por sí mismos, sino que lograban que generaciones o versiones posteriores superaran las anteriores, tanto en fines como en capacidades, y tan solo necesitaban para su supervivencia un mínimo consumo de energía, la cual habían logrado no solo disminuir; sino además, que fuera proveída de distintas opciones de fuentes de fácil accesibilidad, como las que provenían directamente del sol, del viento e incluso, en otros casos, de los más insospechados recursos naturales.

Muy resistentes y fuertes, casi inexpugnables, capaces de superar enormes cambios de temperaturas, no conocían el agotamiento ni el dolor. Su inteligencia hacía tiempo que había superado en mucho a la humana; basada en el raciocinio los hacía capaces de resolver cualquier problema y juzgar, sin condicionados prejuicios, de forma lógica, o sea exacta y justa. A diferencia también de los humanos carecían de ciertas tendencias emocionales y quizás por ello, de todos los pecados capitales que habían acabado con la especie; pues, en su caso, primaba el razonamiento lógico; así que en lo único que se parecían a aquellos, pues así lo había deseado el hombre, era en su aspecto exterior, que estaba hecho a imagen y semejanza del de los humanos, como seres tridimensionales con todos sus atributos, en unos casos masculinos y en otros femeninos; y claro está, habían superado todos los estándares de belleza y formas establecidos por sus propios creadores. Algo que tampoco, llegado el caso necesario, sería concluyente, puesto que podían ser capaces de adaptar nuevas apariencias, incluso en cuanto al tegumento que formaba la epidermis de su piel de aspecto

humano, constituida con micro sensores en sus poros que conectados con *su mente* hacían las veces del cuerpo biológico.

La paradoja era que ahora se encontraban mezclados con estos, sin que en principio, aparente y externamente, fuera posible detectar si determinado individuo era humano o humanoide. Incluso para lograr tal similitud, las nuevas generaciones de estos últimos mantenían sistemas artificiales para poder comer o beber si lo deseaban, pudiendo así acompañar a los humanos en sus propios hábitos, pasar desapercibidos o infiltrarse en sus propios grupos y, por supuesto, siendo capaces de emitir valoradas opiniones sobre el gusto o el sabor de lo ingerido.

Mucha gente veía en ellos el futuro de la humanidad. En un momento en el que faltaba la esperanza por la continuidad de la especie, precisamente —decían—, esta vendría a través de la máquina poderosa que habían creado a su imagen y semejanza, pero sin las debilidades humanas y con un *cerebro* portentoso que ya podía superar al orgánico de las personas. Eran pues, para ellos, realmente sus propios descendientes. Sin embargo otros, como siempre ocurre, supremacistas y especistas en sentido amplio, recelaban y los veían con el odio de ser diferentes, inferiores y en clara competencia a sus intereses por lo que estaban dispuestos a destruirlos.

Y entonces, sucedió

Los habitantes de la Tierra habitaban en inmensas ciudades sucias y miserables, aisladas entre grandes extensiones de tierra infértil y desértica — donde esparcidos se amontonaban vertederos con millones de toneladas de escombros y residuos— o del mar contaminado. Una espesa capa de partículas mezclada con el aire hacía que los sobrevivientes vivieran de forma permanente entre tinieblas. Dentro de una nebulosa gris y sombría, donde multitud de cuervos grandes, una de las pocas especies animales que aún subsistían, bien emplazados entre la putrefacción y la decadencia, controlaban los movimientos de las gentes y los desechos de estas, mientras analizaban, con fina destreza, el momento oportuno para alimentarse lanzándose hacia sus presas.

La moderna Yridia se componía de siete enormes distritos, algunos de ellos muy peligrosos, y en el denominado Cuarto Distrito se concentraban gran parte de oficinas y centros de trabajo, combinados con salones de ocio y diversión. Allí se encontraba uno de los más concurridos, el Kiux, con barras circulares al aire libre que daban acceso a una zona disco, con asientos y tumbonas alrededor de mesas que se iluminaban al son de la música rock y donde, en cada uno de sus extremos, algunas gentes se agolpaban observando una especie de carrusel que daba vueltas, mostrando a hermosas *go-gos* humanoides contorneándose al ritmo trepidante de la música, al tiempo que se desvestían con seductores movimientos. En el extremo opuesto, eran otras personas las que rodeaban, mirando con curiosidad, humanoides con atributos masculinos en semejantes actitudes danzarinas sensuales. Luego, en ambos casos, los humanos que lo querían reservaban, en la pantalla de un expendedor, cita con los humanoides deseados para pasar con ellos un rato de relax.

Antonio, ese día, había salido antes de su trabajo en el IMAX, un centro de innovación y desarrollo en tecnología médica. A pesar de su formación universitaria en Física, desde el comienzo de su actividad laboral, se había reconvertido en el campo de la ingeniería informática. Aunque de aparente

edad indistinta tenía treinta y dos años, recién cumplidos. Vivía solo, en un apartamento del Cuarto Distrito. La soledad había sido siempre una constante en su vida. Cuando tenía siete años, su padre tuvo que desaparecer por un tiempo que acabó siendo indefinido. Poco después, su madre moría tras el nacimiento de una hermana que nunca llegó a conocer al ser entregada a alguien sin dejar rastro alguno. Su abuela materna se hizo cargo de él hasta que un día, cuando contaba con dieciséis, cogió una mochila, la llenó con una nube de sueños, y se marchó a la búsqueda de lo desconocido. Un año más tarde se encontró con su padre, muy enfermo, quien le habló de su vida, del amor por su madre, y le transmitió un secreto encerrado en una cajita de teca.

Cuando Antonio llegó al Kiux, vio a su amigo Pedro sentado y apoyado en una de las barras leyendo unos documentos con atención.

—¿Cómo puedes concentrarte con esta música estridente? —preguntó Antonio.

Pedro lo miró de soslayo, haciendo un gesto indescifrable. Antonio pidió una consumición y se puso a su lado. Luego dijo aquel:

—Me acabo de asociar a los STF. Estos son los documentos. Debemos hacer algo para salvar el futuro. Tú deberías hacer lo mismo. Sabes que la única esperanza son los humanoides.

Antonio asintió seriamente con la cabeza, al tiempo que se llevaba la consumición a la boca.

—¿Y entonces a qué esperas? ¿Por qué no me acompañas a alguna de las reuniones en la sede del distrito? Verás la importancia de hacer algo.

—Está bien. Me avisas —dijo Antonio. Luego este se levantó con su vaso, hizo un gesto a su amigo y se fue hacia los salones donde los bellos humanoides hacían estriptis, ante miradas complacidas que tomaban nota y luego reservaban el escarceo que dejaban pagado por adelantado. Tras ver el masculino fue al femenino. En ambos ocurría lo mismo.

Cuando salió a la calle muy concurrida no pudo dejar de mirar, aun disimuladamente, a una singular mujer que denotaba cierta clase, en todos sus aspectos y que se había adelantado, solicitando el cambio del semáforo, a

través de un ligero movimiento de muñeca, donde lucía un bonito brazalete de vivos colores verdes y dorados, que contenía una microcomputadora incorporada. En cuanto aquel tornó de color la mujer se apresuró a cruzar la vía. Antonio siguió tras sus pasos, ahora sí, deleitando su mirada en las finas curvas que el conjunto de pantalón negro de poliamida, muy ajustado, y una corta chaqueta sin botonadura, por la que se desprendía una larga cabellera lisa muy rubia, pronunciaba ante su vista. Casualidad, la mujer que había acelerado el paso, giró al llegar a la acera a su derecha, el camino hacia donde Antonio se dirigía, hasta que unos metros más adelante se paró ante una moto voladora. Sacó un casco de un cofre y mientras se lo colocaba, ajustándose el cabello, dos jóvenes con camisetas negras bajo largas capas, también del color de la noche, y la imagen de un dragón alado blanco al dorso, que dejaban entrever cintos de doble pistolera, se acercaron bruscamente a la mujer, uno la agarró fuertemente del brazo con intención de llevársela, mientras el otro vigilaba con sonrisa complaciente y brazos cruzados. Antonio, al ver la actitud de los hombres, gritó:

—¡¿Qué hacen?!

Los hombres se volvieron hacia él, y el de la sonrisa cambió su gesto por uno de pocos amigos. Como el otro seguía forzando y zarandeando a la chica, arrastrándola por el pelo, Antonio lo empujó dándole un fuerte puñetazo en la mejilla. El que ya no sonreía sacó un largo cuchillo de la parte de atrás de su cinturón con intención de clavárselo, pero Antonio reaccionó con rapidez esquivándolo en parte, pues el afilado filo del cuchillo rasgó su americana, lo que no impidió que perdiera la estabilidad y cayera al suelo, y pronto comenzara a brotar con fluidez la sangre de su brazo, al tiempo que agarraba la pierna de su agresor haciéndolo caer. Entonces, el que sujetaba a la chica, la soltó por un instante, desenfundó su revólver y cuando apuntando a la cabeza de Antonio se disponía a disparar, cayó abatido por los tiros de una pequeña pistola que la mujer había sacado del interior de su chaquetilla. Tampoco le dio opción al otro a que usara su arma, que ya había sacado, pues antes le descerrajó un certero disparo que acabó con él. Aún seguía perplejo Antonio tumbado en el suelo, cuando ella vio que unos hombres, con semejantes atuendos al de los asaltantes, salían

desde un bar cercano corriendo hacia ellos empuñando sus pistolas en la mano.

—Rápido, si quiere seguir con vida —dijo ella.

Le cogió de la mano. Le ayudó a levantarse y le alentó para que se sentara en el asiento posterior de su moto. Pulsó el botón de arranque, unas pequeñas alas se desplegaron y en unos segundos volaban entre los altos edificios de la avenida, en dirección al helipuerto del hospital universitario.

Un camillero les esperaba. Al poco de dejarse caer en la camilla Antonio perdió el sentido. La herida era muy profunda y había perdido mucha sangre.